EL VAMPIRO
LADISLAO
Enric Lluch
& Fernando Falcone
AlgaR
EDITORIAL

El vampiro Ladislao abrió su ataúd y se desperezó. A continuación, se lavó la cara y los dientes, se peinó, se puso colonia de la buena y llamó por teléfono.

–Este es el contestador automático de la clínica dental Dentiflor... Por la noche no trabajamos.

Ladislao soltó una palabra gorda como un balón de reglamento, se encaramó sobre la repisa de la ventana y, recitando la frase mágica, se transformó en murciélago y se lanzó a volar.

Después de sortear un montón de antenas de televisión, aterrizó en la plaza Mayor, cerca del cuartelillo de la policía local. Se transformó en vampiro humano y se dirigió a pie hacia la puerta.

El guardia lo miró de arriba abajo.

–Dígame.

–Busco un dentista de guardia. –Ladislao habló con toda la educación–. Tengo los colmillos desgastados y necesito un buen afilado.

El guardia se rascó el cogote.

–Mire usted –dijo muy serio–. Esto es un servicio de vigilancia nocturna y no estamos para soportar bromas.

Ladislao se dio media vuelta y se dirigió al dueño de un bar que estaba cerrando la puerta.

–¿Sabe usted dónde hay un dentista de guardia?

El señor del bar se le quedó mirando con la boca abierta. Después, movió la cabeza de un lado para otro y murmuró:

–Todavía falta mucho para Carnaval. Quítese el disfraz y sea usted un poco más serio.

Ladislao estuvo a punto de contestarle que era un vampiro de verdad, pero el dueño del bar ya se había marchado.